

Editorial

SANDRA IRINA VILLA VILLA

Directora Centro de Investigaciones Jurídicas y Socio-jurídicas
Universidad Libre Seccional Barranquilla

LA TERCERA VÍA

En el espacio funcional de la democracia liberal ha venido primando con mucho vigor la praxis del “capitalismo salvaje”, una tesis económico-política que pugna por consolidar a toda costa el incremento de los valores bursátiles vinculados a los inversionistas más poderosos; sin parar mientes acerca de la ruina de los pequeños empresarios y la pauperización creciente de las mayorías poblacionales. Es de esta forma que la macroeconomía de ciertos países emergentes “crece” formalmente en los guarismos estadísticos, al tiempo que, en patético contraste, se ahonda la desigualdad real entre los pocos que tienen mucho y los muchos que no tienen nada.

Con espurios ribetes de innovación, “La tercera vía” es el nombre con que se ha bautizado el intento teórico de establecer el justo medio entre los extremos representados por los beneficios económicos de los mercados y el concepto político de la seguridad social. Capitaneados por un ostentoso Tony Blair, en el Reino Unido, algunos exmandatarios de prestigio se han comprometido en el empeño de divulgar los supuestos beneficios del referido proyecto: Schroeder en Alemania, Cardoso en Brasil, Arias en Costa Rica y Clinton en los Estados Unidos, entre otros, forman el equipo permanente de los más entusiastas propagandistas del plan.

Una preocupación básica de estos teorizantes radica en el esfuerzo de mostrar las diferencias que les separa de otros conatos de constituir posiciones intermedias, puntos de equilibrio o equidistancias entre polaridades socio-políticas contrapuestas. Doctrinas políticas como la social-democracia en sus distintos matices ideológicos, no son equiparables con La tercera vía, sencillamente porque esta no funge a la manera de un partido político que acorazado de una ideo-

logía propia y pertrechado de estrategias deliberantes, funge por ofertar una solución política y social que compendie lo mejor y más aprovechable tanto de la extrema derecha como de la izquierda radical. La tercera vía no es en sí misma un partido político, pero sus directrices pueden ser implementadas por partidos de diferente catadura ideológica cuya funcionalidad industrial y comercial se funde en los presupuestos de la economía de mercado. Es decir, no es el justo medio entre capitalismo y comunismo, sino entre el empoderamiento abusivo del capital y el siempre esquivo concepto de la justicia social.

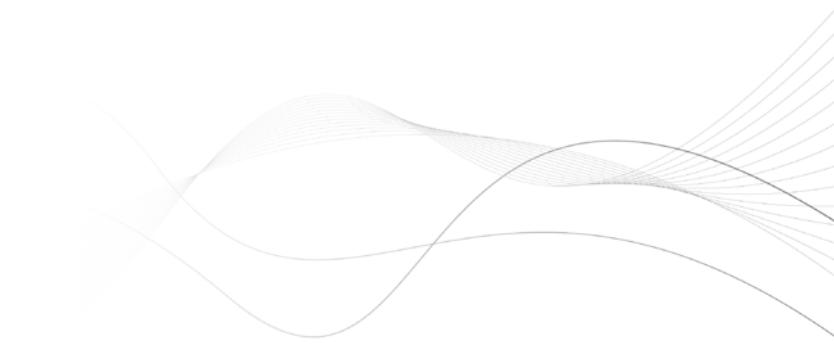
Sin duda, se trataría, una vez puesta en marcha, de implementar acuciosas políticas de Estado que acaso demandarían cambios drásticos tanto en las normativas jurídicas de las naciones comprometidas en el experimento como en la mentalidad de quienes serían sus gestores legales y operadores políticos. Una variable negativa a tener presente, más temprano que tarde, es el inevitable descontento de los inversionistas más poderosos –nacionales y foráneos– para quienes no existen argumentos suficientemente buenos para dejar de incrementar sin vedas la rata de sus pingües y con frecuencia injustificadas ganancias. Para contrarrestar estas fuerzas, así como la representada en el insaciable monstruo de la corrupción, habrá que prepararse con medidas profilácticas y represivas que, desde la pedagogía hasta el confinamiento carcelario limpien el camino por donde en buena hora habrían de transitar los métodos teóricos y las técnicas empíricas de La tercera vía.

Un claro ejemplo de capitalismo salvaje en nuestro país, se encuentra hasta cierto punto representado por los tratados de libre comercio (TLC). Formalmente considerado, un tratado de esta especie es un convenio bilateral que favorece a los países participantes promoviendo el intercambio comercial de sus productos respectivos en el marco de beneficios mutuos que incluyen entre otros el fomento de la cooperación internacional en diferentes espacios, la eliminación de las cargantes barreras arancelarias, las ventajas particulares de productores y comerciantes en las interacciones de compra-venta y el alivio de los precios en la canasta familiar del ciudadano de a pie.

Sin embargo, escrutando cuidadosamente el panorama de esos intercambios bilaterales, salta a la vista que no son todos los productores y comerciantes colombianos quienes masivamente receptan los parabienes del tratado, sino una minoría de ellos, es decir, aquellos que cuentan con los recursos idóneos y medios pertinentes para la producción, transporte y comercialización de los ítems objeto de las correspondientes transacciones. Para colmo de males, las importaciones de bienes manufacturados amparados por las políticas proteccionistas de sus gobiernos respectivos, ofrecen precios de venta tan irrisorios, en comparación con los nuestros, que el efecto de esa extrema desigualdad competitiva ha venido a representar la ruina de miles de pequeños y medianos productores y comerciantes a todo lo largo y ancho del país.

El problema de la inequidad social, por supuesto, sobreentiende incontables modos de ser de la vida económica y societaria en prácticamente todos los países del mundo. La inequidad y la injusticia, *mutatis mutandis*, son universales. La tercera vía es una respuesta renovada (filosófica, política y jurídica) –acaso solo un espejismo fugaz– al clamor humanista que exige buscar metodologías más efectivas para desterrar la pobreza extrema de la faz de la tierra, empezando por la voluntad consensuada de ir cerrando progresivamente la brecha social que tan dolorosamente separa a una gran masa de humanos hundidos en la miseria, de otros grupúsculos de hombres y mujeres ahitos de privilegios.

Advocatus, siendo consecuente con su línea de opinión políticamente progresista, hace un llamado a nuestros colaboradores permanentes y eventuales para que expresen libremente en nuestras páginas sus conceptos socio-jurídicos y filosóficos sobre el tema del presente editorial.



Editorial

SANDRA IRINA VILLA VILLA

Director of the Center of Judicial and Socio-Judicial Investigations
Universidad Libre Sectional Barranquilla

THE THIRD WAY

In the functional space of liberal democracy has been prioritizing with much vigor the praxis of “savage capitalism”, an economic and political theory that struggles to consolidate at all costs the increase in securities linked to the most powerful investors, without stopping to think the ruin of small businesses and the growing impoverishment of the majority population. It is in this way that the macro-economics of certain emerging countries “grow” formally in statistical figures, while, in pathetic contrast, real inequality between the few haves and the many have nothing deepens.

With trims spurious innovation “The third way” is the name that has been dubbed the theoretical attempt to establish the right balance between the extremes of the economic benefits of the markets and the political concept of social security. Led by a flamboyant Tony Blair in the UK, some former presidents have committed prestige in efforts to disclose the alleged benefits of that project: Schroeder in Germany, Cardoso in Brazil, Arias in Costa Rica and Clinton in the United States, among others, are the permanent staff of the most enthusiastic propagandists plan.

A basic concern of these theorists lies in the effort to show the differences that separates them from other attempts to form intermediate positions, equilibrium points or equidistance between competing socio-political polarities. Political doctrines and social democracy in its various ideological hues, are not comparable with The third way, simply because it does not act in the manner of a political party that battleship own ideology and girt deliberative strategies, engage in advocacy for offering a solution political and social and digest the best and most

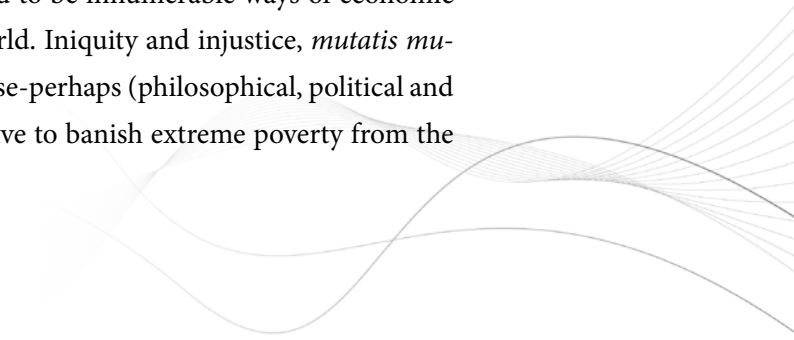
profitable of both the extreme right and the radical left. The third way is not in itself a political party, but its guidelines can be implemented by different parties whose ideological catadura industrial and commercial functionality merges into the budgets of the market economy. That is, it is not the golden mean between capitalism and communism, but between the Abusive empowerment of capital and the ever elusive concept of social justice.

Surely it would be, once setup, diligent implement State policies that case would demand drastic changes in both the legal regulations of the nations involved in the experiment and in the mindset of managers who would be their legal and political operatives. A refusal to take this, sooner or later, the inevitable discontent variable is the most powerful investors both national and foraneos for those arguments are not good enough to stop closures without increasing the rate of their fat and often unjustified profits. To counteract these forces, as shown in the insatiable monster of corruption, we must be prepared with preventive and repressive measures, from pedagogy to prison confinement cleaned the way which in good time they would move the theoretical methods and empirical techniques of The third way.

A clear example of unbridled capitalism in our country, is to some extent represented by the free trade agreement (TLC). Formally considered a treaty of this kind is a bilateral agreement that favors the participating countries to promote the trade of their products in the context of mutual benefits that include among others the promotion of international cooperation in different areas, the removal of tiresome tariff barriers, the particular advantages of producers and traders in the interactions of sale and price relief in the basket of the ordinary citizen.

However, carefully scanning the panorama of these bilateral exchanges obvious that they are not all producers and Colombian merchants who massively receptan the congratulations of the treaty, but a minority of them, ie, those with the appropriate resources and relevant means of production, transportation and marketing of items subject to the underlying transactions. To make matters worse, imports of manufactured goods covered by the protectionist policies of their respective governments, offer sale prices as derisory compared with ours, that the effect of this extreme competitive inequality has come to represent the ruin of thousands of small and medium producers and traders all across the country.

The problem of social inequality, of course, understood to be innumerable ways of economic and corporate life in virtually every country in the world. Iniquity and injustice, *mutatis mutandis*, are universal. The third way is a renewed response-perhaps (philosophical, political and legal) just a fleeting clamor humanist seek more effective to banish extreme poverty from the



face of the earth mirage methodologies, starting with the consensus will be closing progressively the social divide that separates so painfully great mass of human sunk in misery, other small groups of men and women gorged privileges.

Advocatus, being consistent with its line of politically progressive opinion, calls to our permanent and temporary employees to express freely in our pages socio-legal and philosophical about the theme of this editorial concepts.